

PARTÍ HACIA LA ARGENTINA EN FEBRERO DE 1998. La ciudad de Buenos Aires me fascinaba desde mucho tiempo atrás. Julio Cortázar era el principal responsable de esta fascinación. Su novela *Rayuela* fue un referente esencial para los de mi generación, los que nacimos en torno a los años cincuenta. Tengo en mi biblioteca la primera edición que publicó Sudamericana con la mítica cubierta negra en la que hay dibujada con tiza una rayuela y un imposible trayecto de la tierra al cielo. Ernesto Sábato y su novela *Sobre héroes y tumbas* también me hicieron también soñar con el parque Lezama, Alejandras felizmente inaccesibles, fuegos redentores y en la desdicha. Leí las dos novelas con fervor cuando era un adolescente en Barcelona, mi ciudad natal, poco antes de marcharme definitivamente a París en 1969. Ambas me han dejado un rastro indeleble. Las dos han

conformado mi sensibilidad humana y urbana, lo que, a decir verdad, viene a ser lo mismo.

Nunca había puesto los pies en América Latina. Ignoraba entonces que a esta primera estancia de tres semanas le seguirían muchas otras, hasta el punto de hacer de Buenos Aires la ciudad donde pasaría, durante cuatro años, la mayor parte de mi tiempo. Dejo de lado las motivaciones personales que, rápidamente, se agregaron a mi primer impulso y que me han hecho llevar una vida que a algunos podrá parecer apasionante y a otros absurda, pero sin ninguna duda agitada e indecisa, a caballo entre Francia y la Argentina, entre Niza, la ciudad donde vivía por entonces y Buenos Aires. Digamos simplemente que me aproveché de esta situación flotante, o si se prefiere volante —evidentemente, me desplazaba en avión de un lugar a otro—, para intentar llevar a cabo dos investigaciones en paralelo, una de las cuales, la que aquí me ocupa, pudo, casi a hurtadillas, más que la otra.

El motivo oficial de mi viaje era un estudio efectuado para el CNRS (Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia) sobre lo que entonces, pensando en las sardinas en lata, yo llamaba «La novela en dictadura». Deseaba ocuparme de las trayectorias personales de los novelistas argentinos entre 1966, año del golpe de estado del general Onganía, y 1983, cuando después de la derrota de las Malvinas en los meses de mayo y

junio de 1982, la junta militar de los Videla, Massera, Viola y Galtieri tuvo que ceder el poder a los civiles. Así como analizar de qué modo estos mismos novelistas habían presentado este periodo en sus obras de ficción. Todo me condujo a interesarme por las «figuras de la desaparición» en los universos de la ficción, ya que muchos de esos textos tratan, de un modo u otro, de la cuestión de los «desaparecidos». Un tema tanto más apasionante cuanto que la historia de la novela contemporánea conserva en sí misma el rastro original del primer desaparecido, que es Don Quijote, quien partió en una primera ocasión «sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio», y más tarde, salió una segunda vez, después de que el cura y el barbero hubieran quemado su biblioteca con la esperanza que de este modo podrían curar así su locura, acompañado en esta ocasión de Sancho Panza, y sin despedirse ni el uno ni el otro de los suyos, saliendo del pueblo una noche «en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen».

He aquí, en resumen, el desafío de toda desaparición: el no ser encontrado, deseando al mismo tiempo ser buscado. Por supuesto, un desaparecido voluntario y otro involuntario —al que «han desaparecido»— abarcan realidades bien distintas. En este último caso, como en Argentina, en Uruguay, o Chile, o en cualquier otro lugar, nos hallamos ante una trágica inversión de

los papeles; el desaparecido involuntario no tiene más que un solo deseo: ser encontrado lo más rápidamente posible. En cambio, el responsable de su desaparición, el Estado y su aparato represor, no desea otra cosa sino negar ésta haciéndola pasar por voluntaria con el fin de ocultar su propia responsabilidad: «Señora, su hijo, su marido, se la debe estar pasando pipa con una negrita en París», respondían cínicamente los militares argentinos a las madres y esposas de los desaparecidos. Sin embargo, en ambos casos la desaparición origina y provoca una inevitable búsqueda.

La figura del desaparecido es recurrente en toda la historia de la literatura contemporánea. Sólo citaré, como recordatorio, entre los textos más recientes, *El desaparecido* de Franz Kafka, titulado *América* por su amigo Max Brod, o incluso alguna que otra novela de Joseph Conrad, Luigi Pirandello, Vladimir Nabokov, Thomas Bernhard, Antonio Tabucchi, Roberto Bolaño o Patrick Modiano. Y por lo que se refiere a la literatura argentina contemporánea, se podrían citar los nombres de Andrés Rivera, Sergio Chejfec, Ricardo Piglia, Liliana Heker, Marta Traba o Abelardo Castillo.

Fue justamente para hablar de todo ello por lo que a mi llegada a Buenos Aires entré en contacto con el novelista Abelardo Castillo, fundador y director de *El Grillo de papel*, *El Escarabajo de oro* y *El Ornitorrinco*, tres de las revistas cultu-

rales más en el punto de mira bajo las distintas dictaduras militares, y que se distribuían bajo cuerda en la calle Corrientes, la calle Florida o en la avenida de Mayo.

Abelardo Castillo me citó en su casa el último viernes del mes de febrero de 1998, a las seis de la tarde. Un día caluroso y húmedo como suele ser el verano porteño.

El escritor vivía en una mansión de los años veinte del barrio de Montserrat, en la calle Hipólito Irigoyen, a unas cuantas cuerdas de la plaza de Mayo. La puerta se abría a una escalera con los muros cubiertos de cuadros de pintores argentinos contemporáneos, Alonso, Berni, Saiace, Santantonín, de la Vega; algunos, tomados aisladamente, bastante sombríos y torturados, pero expuestos conjuntamente, producían en el visitante, mientras subía los peldaños hasta el salón del primer piso, una extraña sensación de serenidad. Arriba, a modo de recibimiento, sobre una mesa baja, un inmenso tablero con piezas esculpidas revelaba la pasión del novelista por el ajedrez. Su cara tumefacta y su nariz rota e hinchada recordaban su pasado de boxeador y de alcohólico.

Abelardo Castillo no es tan sólo un gran escritor —considero *Crónica de un iniciado* una de las mayores obras de la literatura latinoamericana contemporánea—, también es un ser fascinante, de gran calidez humana, inteligente. Hablamos abiertamente del asunto que me interesaba, del exilio interior («puertas adentro» fue su expresión exacta) que él y muchos de sus amigos

tuvieron que sufrir. Después me mostró algunos artículos publicados en *El Ornitorrinco* que, según él, podían interesarme; me contó con todo lujo de detalles la embriagadora dificultad de la lucha intelectual durante los «años de plomo».

Hacia el final de nuestro encuentro, su mujer, la novelista Sylvia Iparraguirre, se unió a la conversación, y derivamos hacia otros temas que tenían que ver tanto con la actualidad política —Carlos Menem, el presidente argentino al final de su mandato, amenazaba con burlarse de la Constitución presentándose a un tercer mandato—, como con la vida cultural de su país. Se mencionó el nombre de Ernesto Sábato. Ignoro por qué razón hablé de su renuncia prematura a la física y a la ciencia. Abelardo Castillo a punto estuvo de ahogarse:

—Todo eso son cuentos —me cortó con una gran carcajada—. No renunció a nada. Otra mistificación provocada por una especie de despecho amoroso. Más bien es la física la que renunció a él, desde un principio. Ernesto es un buen amigo, pero siempre ha estado muy pagado de sí mismo. Y la cosa empeora con la edad. Por un lado, finge vivir al margen de todo, como un ermitaño, en su casa de Santos Lugares, pero por el otro adora salir en portada de *Caras*, sobre todo después de que Borges dejara la plaza vacante. Lo conozco bien a Ernesto. Nos peleamos una vez al año y nos reconciamos una vez al año. Era un físico del montón. Él lo sabía. Ahora debe de haberlo olvidado, ya que con la edad olvidamos las trampas que hacemos con

la vida. Soñaba con ser el Einstein latinoamericano. La ética le proporcionó una coartada. Ésa es la pura verdad. De sus limitaciones intelectuales quiso hacer una virtud. Así de sencillo.

Esta versión de la renuncia de Sábato a una gloria científica que le parecía predestinada, según afirmaba en numerosas entrevistas, correspondía exactamente a la idea que me hacía sin atreverme a confesármelo, tan grande era mi admiración por su obra. Quedé callado por un momento, sorprendido, y para disimular mi malestar cité otros casos de renunciadas sonadas que bien pudieran haber escondido razones mucho más mezquinas o fútiles esgrimidas por los aduladores de todo tipo: Arthur Rimbaud y su abandono de la poesía, Robert Fine, el campeón de ajedrez, el Wittgenstein de los años veinte, convertido en maestro en un pueblecito austriaco y más tarde anacoreta en Noruega, Juan Rulfo, el autor de *Pedro Páramo*, Ettore Majorana...

—¿Majorana? Ese nombre me suena... —me cortó Abelardo algo intrigado.

Era de noche cuando salí de su casa. Bajé por Rivadavia, tomé la avenida de Mayo hasta la del 9 de julio donde se encontraba la parada del 59, el colectivo que debía llevarme de regreso a Olivos. Me alojaba en casa de una amiga franco-argentina en la calle Díaz Vélez 3485, cerca del centro comercial de Martínez,

al lado de la Panamericana, la vía rápida que comunica con los barrios elegantes del norte de Buenos Aires. En cierto modo, mi amiga también formaba parte del club de los «desaparecidos». La había conocido en 1981, en Niza. De origen francés, había vivido desde los tres o cuatro años en América Latina —Venezuela, Colombia, Chile, Argentina—, regresó a Francia cuando tenía quince años y volvió nuevamente a la Argentina a los veintitrés, incapaz de adaptarse a la vida francesa, y sobre todo devorada por la nostalgia. Desde su partida nos habíamos vuelto a ver en tres o cuatro ocasiones, a raíz de sus viajes a París para visitar a sus padres, pero como siempre ocurre en estos casos, acabamos perdiendo el contacto. En diciembre de 1997, y después de un silencio de más de cinco años, intenté localizarla cuando preparaba mi viaje. Con éxito. Las agendas viejas son siempre condescendentemente útiles. Parecía estar emocionada de tenerme al otro extremo de la línea telefónica después de todo aquel tiempo. Le comuniqué mi intención de viajar a Buenos Aires y le pedí que me ayudara a encontrar un hotel no lejos de la Biblioteca Nacional, en el barrio de la Recoleta. «Vení a casa», me dijo.

Durante nuestro encuentro, Abelardo Castillo me habló de una de sus mejores amigas, la novelista Liliana Heker, antigua codirectora de *El Ornitorrinco*. Se propuso hacer de intermedio:

—La tenés que conocer... una mujer magnífica, soberbia. Mejor cuentista que novelista. Y mejor polemista que cuentista. Puede ser terrible cuando le da por ahí... de una inteligencia poco común... física de formación. Como Ernesto Sábato... como Majorana...

Algunos días más tarde, escuché su vocecilla al teléfono. Un martes por la mañana, el 3 de marzo. Hacía un calor asfixiante al que ya empezaba a estar acostumbrado. Después de una tormenta nocturna tan repentina como inútil, la humedad en Buenos Aires había subido hasta el noventa y siete por ciento. Las aguas del río inundaban el barrio del Bajo, imposibilitando la circulación por la avenida Libertador. La más larga del mundo, presumen los argentinos, que presumen por todo y por nada, una suerte de «ruta Nacional 40» que en lugar de atravesar los Andes de la Patagonia cruza la ciudad de un extremo al otro, e incluso continúa más allá. Acababa de confirmar mi vuelo de regreso a Niza para un par de días después y andaba de un humor algo taciturno. A veces, y en situaciones semejantes, a uno se le hace un nudo en la garganta y siente ganas de mandarlo todo a paseo. Es un juego, se es consciente de ello, uno sabe que no cederá a estos impulsos destructores ya que no se echa por la borda todo lo que nos pertenece, todo lo que creemos que con tanta dificultad nos ha costado obtener. Razón de más para tener ganas de hacerlo. Me dominaba la impresión de no haber tenido el tiempo de hacer nada, de haber dejado escapar lo esencial, sin poder precisar exac-

tamente en qué consistía lo esencial. En poco más de cuarenta y ocho horas me encontraría en el aeropuerto internacional de Ezeiza, listo para marcharme. Sin duda algo tenía que ver el calor asfixiante con estas derivas mentales. Fue Liliana Heker quien me sacó de este húmedo marasmo, confirmándome la idea de que las cosas importantes podrían haber empezado en el momento exacto en el que parecían interrumpirse.

Me acordé entonces de aquel astrónomo del observatorio de Niza, que una buena mañana, sin avisar a nadie, tomó su velero de nueve metros amarrado en el puerto de Saint-Laurent-du-Var, atravesó el Atlántico y se instaló en Bahía, Brasil, donde se tumbó a la bartola durante dos años antes de que lo echaran del CNRS. ¡He aquí un buen ejemplo de desaparición con éxito! ¡Y encima financiada por el Estado! En cuanto a mí, bien pronto retomaría la rutina cotidiana: la facultad, la compra de los sábados por la mañana en el mercado de Saleya, mi footing a lo largo del Paseo de los Ingleses o hasta Villefranche por la subida de Coco Beach y la carretera de la cornisa inferior. Sentía cómo me resbalaban algunas gotas de sudor por la espalda. Mis dedos temblaban ligeramente.

Liliana me dio cita a la una del mediodía en el café Dorrego, en la plaza del mismo nombre, en pleno barrio de los anticuarios de San Telmo. El típico viejo cafetín de Buenos Aires, con mesas y sillas de madera portadoras de mensajes de amor o de odio grabados con cuchillo o tenedor, el piso en forma de

damero blanco y negro, incitando a jugar a cuatro patas interminables partidas de ajedrez, las paredes cubiertas de fotos de personajes ilustres, o no tanto, que habían frecuentado el lugar —Aníbal Troilo, Roberto Goyeneche, Fidel Pintos, Edmundo Rivero, Juan Carlos Altavista, Eric Clapton, Robert de Niro—, la barra en forma de L dominada por una vieja caja registradora, en el mismo centro de la sala, y, un poco por todas partes, las estanterías llenas de polvorientas botellas de ginebra, de anís, de coñac *Tres plumas*, de vino *San Felipe* con la etiqueta diseñada por Alejandro Sirio, los espejos biselados por León Untroib de los que cuelga la carta anunciando los sandwiches y los lomitos, los cinco ventiladores del techo, la luz amarillenta...

Llegué paseando por la calle Defensa. Tuve ocasión de contemplar los escaparates llenos de bibelots, y así fui zigzagueando, de una acera a otra, aun a riesgo de que me atropellase uno de los numerosos 29 que circulan a todo trapo desde la Boca. Me instalé en una de las mesas que daban a la plaza. Les vi llegar de lejos. Abelardo la llevaba del brazo. Él hizo las presentaciones. Sobre los cincuenta, más bien menuda y pizpireta, los ojos un poco saltones, cara redonda y franca.

Liliana Heder es autora, entre otras, de *El fin de la historia*, una novela sobre una militante montonera desaparecida bajo la dictadura de Videla que acaba enamorándose de su torturador y traicionando a los suyos, y sobre todo conocida por la polémica entablada en 1980 con Julio Cortázar sobre el compromiso y el

exilio, sobre la necesidad de resistir a la dictadura desde el interior en lugar de pavonearse a distancia y sin riesgos. A fin de cuentas, le recordaba a Cortázar que en su caso no se podía ni tan solo hablar de exilio político, sino de alejamiento voluntario por razones estrictamente personales. Que hubiera escrito algunos relatos censurados por los militares no hacía de él un resistente ni tampoco le daba derecho a dar lecciones. En su respuesta, Julio Cortázar le replicó amistosamente que él jamás había pretendido dar lecciones a nadie, y menos que nadie a ella, al tiempo que le recordaba, burlón, que el hecho de permanecer en la Argentina tampoco proporcionaba automáticamente la condición de resistente ni uno podía valerse de ello para mirar a los demás por encima del hombro.

El café Dorrego estaba casi vacío. Una pareja de turistas norteamericanos, pasados los sesenta años, algunas personas solitarias, con aire soñador o leyendo *Clarín* o *Página 12*. Pedimos dos cervezas y una botella de agua para Abelardo, que tenía prohibido el alcohol de por vida. Malicioso, me anunció de entrada:

—Liliana tiene algo que podría interesarte.

—Así lo espero, estamos aquí por eso, ¿no?

—No, no... —me interrumpió Abelardo—. No tiene nada que ver con tu investigación pedorra. Se trata de tu físico desaparecido.

—¿Majorana?

—Sí, él.

—Pará, Abelardo —le cortó ella con una vocecita firme—. Seguramente es una coincidencia... o una pista falsa. Empecemos por el principio. Abelardo me contó que estás interesado en la vida de los escritores que vivieron digamos ciertas dificultades en las dos últimas dictaduras... Sí, grabá si querés —añadió cuando me vio que ponía el magnetófono de bolsillo sobre la mesa.



SOY RUSA DE ORIGEN. Mi padre nació en 1905 en el barco que traía a mis abuelos a Buenos Aires. Judíos rusos. Sin embargo, Heker es un apellido alemán. Me imagino que en la época de Catalina la Grande los Heker debieron emigrar. No tengo la certeza... Bueno, en cualquier caso mis abuelos paternos y maternos eran rusos. Sin embargo, no me siento heredera de nada... o depositaria de... para nada, digamos de algún tipo de cultura judía. No la tuve. Es tan sencillo como esto. Mi padre era viajante de comercio. Siempre vagabundeando. Le encantaba viajar. No le gustaba echar raíces. No tenía un centavo pero amaba la gran vida. Muy contradictorio. Mis padres, los dos, amaban la gran vida... la buena ropa... los buenos restaurantes... ir al teatro... a la ópera... todas esas cosas. Eran de clase media. Una familia modesta. Después les fue un poco mejor... al

principio no. Nunca tuvieron coche. Tampoco tenían un nivel cultural muy alto. Inteligentes, sí que lo eran. Muy sensibles y muy divertidos. Éramos una familia con un gran sentido del humor. Siempre quisieron que mi hermana y yo tuviéramos una formación universitaria. Era su gran preocupación. Las dos éramos muy buenas en matemáticas. Mis padres daban mucha importancia sobre todo a las matemáticas. Ignoro el motivo. Leer también, pero sobre todo las matemáticas. A los dieciséis años entré en la universidad. Iba muy avanzada. Empecé en físicas. Al mismo tiempo empecé a colaborar con *El Grillo de papel*, una revista literaria dirigida por Abelardo. Yo era muy joven. Y dividida entre las dos... la ciencia y la literatura. De hecho, lo único que de verdad me interesaba era escribir. Durante algunos años seguí esta doble trayectoria. Siento que mi formación científica me fue de gran utilidad. No reniego de ella. Al contrario. La física me fascina todavía. La universidad argentina, en 1960, era fascinante. La facultad de ciencias exactas era la mejor. Profesores brillantes. De análisis matemático estaban Stinkov y Salosky. Dos profes de lujo. Y en física, Raeder, lo máximo. Verdaderamente profesores deslumbrantes. Todos los de ciencias eran muy buenos. Con fuerte personalidad. También ideológicamente. La izquierda era hegemónica. Una época dorada. En mi caso, abandoné la facultad en 1964. Dos años antes de la Noche de los Bastones Largos, cuando el golpe de estado de Onganía. La facultad de ciencias fue una de las más

afectadas. Los militares la ocuparon y expulsaron a todos los profesores. Salvo uno, creo, todos los demás se fueron. El ambiente era de exaltación... muy de izquierdas y al mismo tiempo con un rigor científico extraordinario... Un nivel muy bueno. Si no se sentía verdadera pasión por la física o por las matemáticas era mejor ir para otro lado. La facultad de química era ya un poco distinta. Menos radical. Algo más dócil. Estoy muy contenta de haber estudiado en la época en que lo hice. Las clases nunca se terminaban en las aulas, continuaban en los cafés. La facultad de ciencias estaba en el cruce entre Perú y Alsina. A dos pasos de aquí. Ahora se encuentra en Núñez... lejos de todo. Raeder me fascinaba. Y yo no era la única. Había sido alumno de Guido Beck y colega de José Besteiro, el fundador del Instituto de Bariloche. Yo estaba secretamente enamorada de él. Había entre nosotros más de veinte años de diferencia. Además, aunque yo tenía diecinueve, todo el mundo me ponía trece. Verdaderamente parecía una niña. Él sabía su valor y sus límites. Yo desconocía los míos. Un día, en el Tortoni, yo estaba algo alegre y delante de todo el mundo le confesé mi admiración. No era necesario. Todos estaban al tanto... en fin, que le traté de genio. Me miró y a continuación me respondió con un aire un poco burlón: «Sabés, Liliana, en Buenos Aires sólo hay un físico genial y ya no ejerce. Los otros no le llegamos ni a la suela del zapato. Un italiano. Lo dejó todo antes de la II Guerra Mundial y emigró. En la actualidad es ingeniero en la Empresa

Nacional de Telecomunicaciones. Juega al ajedrez todos los sábados por la tarde en La Fragata y también en el Rex... los días de semana. Fue allí donde lo conocí. De vez en cuando jugamos juntos...

»El otro día, cuando Abelardo me habló de vos y de tu proyecto, mencionó a Majorana. Conozco el libro de Sciascia, pero ignoraba la posibilidad de que se hubiera refugiado en la Argentina. Me acordé entonces de Raeder y de su genio italiano. Relacioné una cosa con la otra. Quizás se trate de la misma persona. Sería gracioso...

EN SEMANA SANTA REGRESÉ A BUENOS AIRES. Las vacaciones de la universidad empezaban el 11 de abril. Dos semanas que contaba prolongar sin decir nada a nadie. Todo me empujaba a irme otra vez. Tenía que entrevistarme con los novelistas Luis Gusmán, Ricardo Piglia, Mempo Giardinelli, Andrés Rivera, César Aira, Luisa Valenzuela, Héctor Tizón y Rodolfo Fogwill, que en febrero me habían dado en principio su acuerdo. De ahí que, con mi curiosidad aguijoneada por el relato de Liliana Heker, me propuse que si tenía tiempo —y estaba seguro de tenerlo—, verificaría estos pequeños indicios a propósito del italiano de la Empresa Nacional de Telecomunicaciones, la ENTEL, mencionados por Raeder. Yo mismo me había impuesto un absurdo desafío: «Si Majorana ha vivido en Argentina, debo encontrar su pista». Fue por ese motivo por lo

que, cuando Jean-Marc Lévy-Leblond me preguntó por donde andaba en lo mío, le respondí, enigmáticamente: «Tras la pista correcta».

Resulta bastante paradójico. La atracción que los seres voluntariamente desaparecidos ejercen sobre nosotros despierta nuestros reflejos más bajos, los más mezquinos, los más insospechados. El respeto y la admiración que se siente frente a una decisión que nos habría gustado ser capaces de tomar nos empujan en su búsqueda, haciendo caso omiso de su propia voluntad. Con nuestra acción, intentamos aniquilar la suya, con el fin de hacer más soportable nuestra pequeña (o gran) cobardía. Triste consuelo, a decir verdad. ¡Que los dejen en paz! Pero no... no... de ningún modo.

Sí, lo confieso. La tentación absurdamente adolescente de desaparecer yo mismo hacía aún más apasionante el regreso a Buenos Aires. Era un comienzo, el primer gesto de una desaparición que empezaba de este modo a cobrar forma. No avisé a nadie de mi partida. Ni a mi hijo, ni a mi madre (mi padre había muerto en noviembre de 1997), ni a mis amigos. Sólo la secretaria del departamento de estudios hispánicos, Madame Manuguera, sabía que únicamente volvería hacia el 8 de mayo y aceptó, cómplice, el encargo de avisar, llegado el momento, a los estudiantes de mi ausencia. Quería que durante un mes nadie

supiera realmente dónde estaba. Como si, para poder encontrar a un desaparecido, fuera necesario serlo también uno mismo.

El avión de Alitalia aterrizó en Ezeiza, bajo una fina llovizna, el domingo 5 de abril, a las 7.30 de la mañana. La víspera había llegado a Roma procedente de Niza y había aprovechado el intervalo de seis horas antes de tomar el siguiente vuelo. Cogí el tren en Fiumicino, me apeé en la estación de Trastevere y tuve que caminar todavía un buen cuarto de hora antes de llegar al corazón del barrio. Hacía un tiempo espléndido, el aire era tibio, ideal para callejear. En una librería de la vía de la Lungaretta encontré el libro de Bruno Rosso, *Ettore Majorana, un giorno di marzo* que acababa de ser publicado por un pequeño editor de Palermo. También compré la última novela de Milan Kundera, *L'identità*, que por razones que desconozco, apareció primero en italiano y luego en francés. Las hojeé sentado en la terraza de un café, frente a la iglesia de Santa María in Trastevere, en la plaza del mismo nombre. Seguidamente, anoté en un cuadernillo los pasos que debía dar a mi llegada a Buenos Aires, la lista de las personas que debía contactar. Me sentía bastante animado. Por una vez, me dije evocando un poema de Eliot, no es «abril el mes más cruel, mezclando recuerdos y deseo, despertando con sus lluvias las inertes raíces». El hecho de viajar hacia el hemisferio Sur tenía sin duda algo que ver con

esto: todo me parecía invertirse maliciosamente, ponerse a girar en sentido contrario, el agua, el sol, las estaciones, incluso hasta el sentido de los primeros versos de *The Waste Land*, que daban vueltas, insistentes, en mi cabeza...

En Ezeiza, desde el momento en que se supera la aduana y a sus desconfiados aduaneros con cara de milicos reciclados, uno se encuentra de golpe asediado por los «remiseros truchos», los conductores de taxis ilegales, sin licencia municipal y con vehículos frecuentemente robados o trucados, que, en las mismas narices de los policías, proponen sus servicios a un precio más barato que el de los taxis legales. De treinta a cuarenta pesos, según el trayecto. A veces cincuenta, si se quiere ir tan lejos como al final de Martínez o a San Isidro, en el Río de la Plata. Sin embargo, los remiseros argentinos, a pesar del origen francés de su nombre, nada tienen que ver con las *voitures de remise*, los lujosos coches de alquiler de antaño en Francia. Todo lo contrario. Su servicio no ofrece ninguna garantía. Funcionan con gas, mucho más barato que la gasolina, salvo que, como la instalación ha sido montada chapuceramente por un mecánico inexperto, sufren frecuentes averías en el momento más inoportuno, y esto cuando no es el motor el que explota, y con él el auto y los que van dentro. Más aun, no es infrecuente tampoco que los remiseros estén conchabados con una banda de delincuentes que lo

esperan a uno a mitad del recorrido en puntos estratégicos, detienen el vehículo, y entonces desvalijan al pasajero y lo abandonan a su suerte en un lugar inquietante que un instante antes éste pensaba poder atravesar sin ningún percance.

Nada de esto me podía suceder a mí. Walter me esperaba a la salida, por una vez bien afeitado, con su sonrisa bonachona y su perfil barrigudo. Walter es un remisero verdadero. Con su licencia en regla. Fue él quien vino a buscarme cuando mi primera estancia, sosteniendo un letrero con mi nombre en medio de docenas de otros letreros con otros nombres. Trabajaba regularmente para la amiga franco-argentina que me había alojado, que me iba a alojar de nuevo, y en casa de la cual, por decirlo de algún modo, iba yo a instalarme hasta mayo de 2002. Para llegar hasta Olivos debíamos atravesar los barrios populares del Gran Buenos Aires y, de vez en cuando, las villas miseria que flanqueaban la autopista eternamente en obras que lleva a la avenida General Paz, especie de vía de circunvalación que desemboca en la Panamericana. Yo estaba ansioso por llegar, pero los atascos provocados por las obras nos obligaban a ir más despacio. Cerca de Ciudad Evita quedamos atascados. Avanzábamos algunos metros e inmediatamente nos deteníamos de nuevo. A nuestra izquierda, un poco más abajo, un enorme barrio de chabolas se extendía hasta perderse de vista.

—Aquí, entrás pero no estás seguro de salir vivo —me dijo Walter bloqueando las puertas del coche con un movimiento

reflejo—. Ni los canas se acercan. Si te buscan, éste es el mejor lugar para desaparecer, añadió, y eso sin saber nada de mis investigaciones.

Deslicé la vista sobre esa aglomeración de peligros, de chapas onduladas y de miseria, y pude leer sobre la fachada de una de las pocas barracas de obra: Partido Justicialista. Casa del Pueblo Eva Perón. El partido peronista, el partido de los descamisados. Los villeros se aprovechaban de la situación para proponer sus servicios, limpiar los parabrisas o intentar colocar los artículos más insólitos, relojes, bolígrafos, bombachas, de todas las tallas y colores, juegos de destornilladores, peines. Iban serpenteando en medio de los coches medio parados. Llegamos a Olivos después de casi tres horas infernales cuando con una hora hubiera debido bastar. Mi amiga francoargentina me había dejado un mensaje en la mesa de la cocina: «No pude esperarte. Tuve que ir a los estudios (era guionista de televisión) para un trabajo urgente. Nos veremos esta noche».

Eran ya cerca de las doce del mediodía. Hubiera querido echarme un rato, descansar, pero no podía estarme quieto. Encontré en la guía telefónica el número de teléfono del consulado italiano. Pedí por el agregado cultural. Imaginé, ingenuamente, como en la carta robada de Edgar Allan Poe, que las pistas que me iban a conducir a Majorana podían estar al alcance de todos, es decir en los archivos del consulado. Dos minutos de

espera sin que nadie me atendiera al teléfono y, por fin, oí la voz del *professore* Mancusso:

—Discúlpeme, acabo de salir de una reunión. ¿En qué puedo ayudarle?

Me presenté, le conté los motivos de mi llamada y le pregunté si sería posible consultar los archivos del consulado relativos a los inmigrantes italianos de finales de los años treinta, principios de los cuarenta. Su respuesta fue tajante:

—No, señor, estos archivos no son de dominio público. He leído el libro de Sciascia —le pareció oportuno añadir—. Sinceramente, jamás había imaginado que Majorana hubiera podido refugiarse aquí en Buenos Aires. ¿Dice usted que Erasmo Recami evoca dicha posibilidad? Una hipótesis interesante. Argentina fue siempre una tierra de acogida... De modo que es usted hispanista. En Niza... Yo soy historiador. Acabo de publicar un libro sobre la resistencia italiana durante la última guerra... lo ha editado Bompiani. ¿Sabe?... Yo nací acá. Mis padres llegaron en 1949. Fui a estudiar a la Universidad de Bolonia... en 1969... Sin embargo, nunca se abandona este país. Te agarra... y ya no te suelta. Mi padre, por ejemplo. Sólo regresaba a Italia muy de vez en cuando. Murió acá... está enterrado en La Chacarita, cerca de la tumba de Gardel. Era también físico de formación... como Majorana... Qué coincidencia... ¿no le parece? Si lo hubiera conocido yo habría oído hablar de él en casa. De todos modos voy a hacer algo por usted. Esta historia

me interesa. Yo mismo consultaré los archivos y si hay algo lo pondría al tanto. Llámeme en tres o cuatro días...

Eso hice. El viernes 10 de abril. El *professore* Mancusso me dio cita a las tres de la tarde en La Biela, frente al cementerio de La Recoleta, donde están enterrados Sarmiento, Alvear y Evita Perón, pero no su marido, el general, que reposa en La Chacarita, ni Borges, que reside para toda la eternidad en Ginebra, lejos de todo y de todos, pero cerca de su juventud.

Llegó con un ejemplar de La Stampa en la mano para que pudiera reconocerlo y mostró una larga sonrisa cuando me levanté para estrecharle la mano.

—Las noticias son buenas y malas —me dijo a modo de saludo.

—NADIE CON EL NOMBRE DE MAJORANA solicitó los servicios del Consulado entre 1938 y 1944 —me soltó de golpe el *professore* Mancusso después de haber encargado unos *tagliatelle* al tuco, la salsa boloñesa porteña, mientras yo me contentaba con un café y un vaso de agua—. Es un poco tarde pero no comí nada en todo el día y estoy con un hambre de lobo —se excusó.

Cincuentón, el *professore* Mancusso vestía con gran elegancia, se podría decir que a la italiana, traje gris perla a juego con el cabello algo escaso, de manos extremadamente finas y cuidadas, que convertían aún en más esencial la ausencia del dedo meñique de la mano izquierda, que hubiera sido hermoso contemplar en su fina delicadeza, zapatos negros lustrados impecablemente, gafas Ray-Ban de carey oscuro ligeramente jaspeado.

—Adivine con quién he estado esta mañana —y sin darme tiempo para reflexionar ni responder añadió—: Con un compatriota suyo... Jacques Batho, el consejero cultural de la embajada de Francia. ¿Lo conoce? Me gustaría que se uniera al homenaje que preparo para celebrar el centenario del nacimiento de Lucio Fontana, el gran pintor italo-argentino, en el Centro cultural Borges. ¿Sabía que Fontana nació en Rosario? ¿Le gusta su pintura? Bueno, volvamos a nuestro asunto, es decir a Majorana. ¿Seguro que no quiere tomar un vaso de vino? El *Luigi Bosca* es excelente. Pasa como el agua. Es un vino de Mendoza, como la mayor parte de los vinos argentinos. De cepas francesas e italianas... *cabernet-sauvignon*... Le decía pues que Majorana, de haber tenido una visa de entrada reglamentaria, es decir por medios legales, hubiera debido entrar en contacto con los servicios consulares italianos. Obligatoria. Ellos se encargaban de proporcionar un informe detallado con las razones que motivaban la estancia de cualquier ciudadano italiano. Éstas son las malas noticias. Las buenas se derivan de ellas.

El *professore* Mancusso, que hablaba como un descosido, empezó los *tagliatelle* al tucó que el camarero le acababa de servir:

—¿Conoce Bolonia? Una ciudad extraordinaria, ¿no le parece? Cuando vaya, no se pierda la Trattoria del Castello di Medelana.

Las mejores pastas y la mejor boloñesa de la región. Di clases de historia contemporánea en la facultad de letras. Colega de Umberto Ecco, modestia aparte. Un hombre muy inteligente... afable... y sobre todo un *bon vivant*... Ahora, si me lo permite, le daré una pequeña lección de historia... ¿De verdad no quiere un poco de vino...? Pues bien, en 1938 el flujo migratorio estaba sometido en la Argentina a fuertes restricciones, y esto a pesar de una larga tradición de país de acogida, contemplada en la Constitución. Eran tiempos difíciles. El ministerio de Agricultura era el encargado de dirigir la política migratoria. No se ría, no: todos, ovejas, vacas e inmigrantes metidos en el mismo saco. Los decretos n° 1870 y 1872 limitaban la concesión de visas de entrada en territorio argentino. Y además no se trataba más que de visas turísticas sometidas a una autorización previa concedida por la Dirección de Inmigración después del visto bueno de un comité consultivo formado por representantes de los ministerios del Interior, de Asuntos exteriores, del Culto y de Agricultura. Los que eran admitidos tenían que depositar sus documentos en la Dirección de la Inmigración hasta que se marcharan del país. Para los demás, para los que querían quedarse definitivamente, era un poco más complicado, ya que era necesario justificar un trabajo, relaciones de parentesco, una vivienda. Todo ello levantó muchas protestas, entre ellas las de Arturo Frondizi, Ricardo Balbín, Arturo Illia, todos ellos futuros presidentes de la República. Borges también protestó.

También él hubiera merecido ser presidente. El decreto del 17 de septiembre de 1941 permitió la creación de un Consejo de la Inmigración cuya misión consistía en facilitar los trámites administrativos, sobre todo en vista de los acontecimientos en Europa. Roosevelt en persona pidió que se aligeraran los procedimientos de entrada con el fin de permitir a los exiliados que se instalaran en la Argentina, que como es bien sabido, oscilaba entre la no-beligerancia y la neutralidad. Ese mismo año, se creó un fichero de extranjeros y se decidió darles un documento de residente. Aquí llega la buena noticia. Este archivo, me ha informado un amigo que trabaja en el Registro civil, se ha mantenido casi intacto a pesar de las vicisitudes de la política interior argentina durante cerca de sesenta años. Si Majorana estaba en el país en esa época, incluso si entró de manera ilegal o bajo un nombre falso, existen muchas probabilidades de que su nombre figure en él.

—¿Y el Registro civil dónde se encuentra?

—Calle Uruguay 759, entre Viamonte y Córdoba. ¿Ve más o menos donde queda? Ya he avisado a mi amigo Carlos Vigevani de que pasará. Lo estará esperando. Le facilitará las cosas. Vaya a dar una ojeada. Nunca se sabe...

En los postres, el *professore* Mancusso, cuchara en mano y presto a comerse un pedazo de tiramisú, me miró fijamente y me preguntó:

—¿Por qué alguien de letras se interesa por un físico? Y, encima, italiano...

—Sinceramente, no tengo ni idea... quizás es él quien se interesa por mí. Me utiliza para reaparecer después de todos estos años de penumbra... para por fin poder descansar en paz...

—No creo en los fantasmas. Sin embargo, yo sé por qué le ayudo y por qué desearía de todo corazón que tuviera éxito en su búsqueda. Majorana me trae sin cuidado. No me resulta muy simpático. Un tipo más o menos *facho* y con un tufo antisemita. No me inspira confianza. Pero, en cambio, es una manera como otra de rendirle homenaje a mi padre. Era profesor de física en el Liceo Nacional de señoritas de Rivadavia. Toda su vida adulta dedicada a enseñar física a jovencitas... y siempre apasionado por lo que hacía. No sé cómo lo pudo soportar. Estoy seguro de que le hubiera gustado encontrarse con Majorana aquí, en Buenos Aires... charlar con él. Téngame al corriente de lo que averigüe y buena suerte.

Tuve que retrasar un día mi visita al Registro civil por ser festivo el lunes de Pascua. El martes 15 de abril empujé la puerta de entrada del edificio y pregunté por Carlos Vigevani. Después de esperar algo más de un cuarto de hora, vi llegar a un tipo grandote, ligeramente barrigón, que me estrechó fuertemente la mano y me rogó que le siguiera:

—Mancusso me contó de qué se trata. Le tengo todo preparado. Resulta siempre emocionante hacer revivir a un despa-

recido, ¿no le parece? Y más todavía en este país en el que no faltan.

Tomamos un largo corredor que tan pronto torcía a la izquierda como a la derecha, atravesamos un pequeño patio interior cubierto de una vidriera agrietada en parte, y después de bajar por una escalera de apenas cinco escalones, llegamos finalmente a una suerte de trastero donde se acumulaban cientos de cajas de cartón alineadas sobre estanterías de madera combadas por el peso.

—Las cajas de los extranjeros registrados entre 1941 y 1945 están allí, junto a la mesita. Las carpetas se encuentran en el interior por paquetes atados. Si necesita ayuda o si hay algo que no entiende, no dude en avisarme. Estoy en el tercer piso, extensión 378. Puede suceder que el hombre al que busca haya sido registrado bajo un nombre falso. Durante la II Guerra Mundial, muchos extranjeros llegaron ilegalmente con pasaportes falsificados. Las congregaciones religiosas se convirtieron en auténticos maestros en el arte de falsificar documentos. Entraron muchos jerarcas nazis. Pero sus expedientes no se encuentran acá. Como por casualidad. Quizás estén en algún lugar en medio de todo este desbarajuste. Parte de los archivos secretos están en unos locales de Puerto Madero. ¡Que lo disfrute! Hasta luego.

Súbitamente, mi labor me pareció, más que incierta, ilusoria. Las fichas, de un gris azulado, no estaban archivadas por orden alfabético, sino cronológico. No las conté. Por encima, debía de

haber unas tres o cuatro mil en el interior de las carpetas de color beige numeradas, que contenían también otros elementos del expediente personal. A veces, además de la solicitud de residencia y del dictamen de las diferentes comisiones, se encontraba una solicitud posterior de naturalización. En ese caso, frecuentemente, la misma ficha estaba barrada con un ARGENTINO o ARGENTINA, que parecía clausurar el expediente. Me pasé allí todo el día, hasta las seis de la tarde. Carlos Vigevani vino a verme en un par de ocasiones. A las dos incluso me trajo cuatro empanadas, dos de carne y dos de humita, con maíz. No constaba ningún Ettore Majorana en las fichas. Antes de marcharme, le pregunté a Carlos Vigevani si podía regresar al día siguiente. Tenía la intención de revisar todas las fichas para seleccionar aquellas fotos —no todas tenían— que mostraran alguna semejanza con el físico desaparecido.

—Tómese su tiempo —me alentó incluso Carlos Vigevani—. Se ha metido en un trabajo que *la voglio dire*. Ánimo.

El viernes 17 de abril a las 11.35, según marcaba el reloj colgado en la columna decrepita a mis espaldas, abrí la carpeta 349-1942-Mag-1074789. Pertenece a un tal Ettore Maggiore, nacido el 5 de agosto de 1906. En la foto, en un estado lamentable, con un sello de tinta roja desleída por el tiempo, aparecía un hombre moreno con bigote negro. Lo miré un rato largo. Era él.

Para estar seguro, dibujé con rotulador un bigote parecido sobre una foto de Majorana que había tomado la precaución de recortar del libro de Bruno Rosso. No cabía la menor duda. Examiné los otros elementos del expediente. La solicitud de residencia tenía fecha de marzo de 1942. La de naturalización, de junio de 1943. Sobre ésta, aparecía ya su nombre castellanizado: Héctor Mayor. Domicilio: Piedras, 1252. Me pareció muy desvergonzado el hecho de que apenas se hubiera cambiado el nombre. Cambiar lo menos posible su identidad era, hube de reconocerlo, la mejor manera de ocultarse.